

## CONTRAPUNTO

### Los saberes guardados en el bolsillo del delantal de mi bisabuela y la poesía de Alfonsina Storni.

CANDELA GENCARELLI<sup>1</sup>

*Pudiera ser todo lo que en verso he sentido  
no fuera más que aquello que no pudo ser.  
No fuera más que algo vedado y reprimido  
de familia en familia, de mujer en mujer.*

ALFONSINA STORNI

Este ensayo comparte reflexiones evocadas por una labor de costura capaz de unir dos trayectorias vitales, como quien realiza un hilván suelto entre dos telas de diferente carácter, sugeridas por una memoria familiar y una lectura hallazgo –esa que cuando cae en las manos sacude pensamientos subterráneos en el momento oportuno–.

Empezaré por consignar los dos objetos que captaron mi atención para su observación y estudio. Por una parte, un conjunto de relatos, anécdotas e historias sobre mi bisabuela Elba Capdevila (1920-1989), a quien sólo conocí durante mis primeros 6 meses de vida; un rumor, murmullo, telón de mi historia personal. Por otra parte, el

<sup>1</sup> Adicionalmente a sus estudios en Ciencias de la Educación a nivel de profesorado y licenciatura por la Universidad de Córdoba (Arg.), es docente en Pedagogía y Formación Docente con nuevas tecnologías. Para la preparación de su tesis doctoral actualmente está dedicada al estudio de la experiencia fotográfica de mujeres en América Latina a principios del siglo XX.

relato autobiográfico de la poeta Alfonsina Storni (1892-1938), una figura referente y nutricia en mis años adolescentes; el texto fue leído por la escritora en el “Encuentro de Mujeres Poetas”, realizado en Montevideo en 1938, que compartió con Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou.

En primer lugar, será preciso evidenciar que esta escritura está impulsada por la elaboración de un pensamiento capaz de reparar en los modos en que se gestan los detalles de una visión singular sobre el mundo, con miras a enriquecer una pedagogía conmovida por el presente. De manera puntual, me refiero a las formas en que el lenguaje se hace presente en una vida, en este caso, las vidas de dos mujeres tan distintas, y al mismo tiempo, ¿similares? ¿Es posible conjugar armoniosamente estas dos voces?

Asimismo esta escritura asume otra pretensión, la de indagar en las formas del contrapunto para suscitar interrogantes respecto de las formas culturales y su vínculo con los procesos de aprendizaje del lenguaje; incitar a la mirada a detenerse en estas sutiles relaciones, casi imperceptibles; espectros, tal vez, sombras que conectan estética, saber y aprendizaje. El objetivo, entonces, será tratar de explorar y abrir reflexiones sobre la estética y las formas culturales involucradas en el aprender, teniendo como horizonte de preocupaciones los procesos de la transmisión cultural, es decir, los modos en que se continúan los saberes entre generaciones. Por ello, advertía que la inquietud pedagógica por la transmisión de un mundo común palpita en esta escritura.

Según relatos familiares, mi bisabuela era analfabeta. Troqueladas por los recuerdos y el amor que aun hoy suscita su memoria, las palabras que la evocan atesoran un tinte de tristeza, y tal vez, de bronca. Es probable que en ellas se resguarde una defensa a la integridad de su persona, un alegato en contra de las limitaciones impuestas por una época, donde aprender a leer y escribir eran accesorios costosos y poco necesarios para la vida de una mujer, más aún para su vida en el campo.

Contrario y posiblemente complementario, es el relato de una de las poetas más importantes de América Latina, Alfonsina Storni, que describe en detalle con su puño y letra, cómo aprendió escribir. Cada palabra puebla de texturas, sentidos y sensaciones las escenas sanjuaninas que describe, logrando exponer sus intrincados vínculos iniciáticos con la escritura. Indaga en una infancia, la crea, la hace

existir. Una infancia letrada para una mujer, en la misma época que mi bisabuela.

Debemos advertir que, si la escritura y la lectura eran un saber innecesario, lo era aún más la poesía, cargada de un componente de peligrosidad, y, por lo tanto, prohibida o poco recomendada para el desarrollo del espíritu de una mujer en la época. Tal vez, una primera lazada de esta unión entre trayectorias vitales, sea la prohibición del lenguaje escrito, transgredida por Alfonsina. Ahora pensemos ¿qué otros lazos unen a estas mujeres?, ¿qué objetos aparecen en la escritura de una, y cuáles, en los relatos narrados sobre la vida de la otra?, ¿qué las preocupa?, ¿de qué gustan?, ¿a qué le temen?

Estas simples preguntas pueden convertirse en una vía capaz de conducirnos a una respuesta respecto de la inquietud que provoca el nacimiento de una sensibilidad singular sobre el mundo que se habita; una arteria que nos lleve a los misterios cobijados en la configuración de las expresiones que nos participan de un sentir sobre el mundo, y que logran otorgarnos palabras para nombrar aquello que no podemos manifestar.

La invitación de Alfonsina a repasar los vínculos iniciales, primitivos, fundantes que configuran un aprender a sentir y habitar el mundo como mujer en la infancia, colisiona con el recuerdo vivo de mi bisabuela, siempre adulta, casi huérfana de una niñez. Tanto la psicología, como la pedagogía y recientemente las neurociencias han logrado dar evidencias, en distintos sentidos, respecto del poder de la infancia como espacio y lugar, como vivencia, tiempo particular en la vida de los sujetos, que actúa como reservorio de aprendizajes y marcas que predisponen o, mejor dicho, afectan el sentir de todas nuestras experiencias posteriores. Motivo por el cual, en esta escritura adquiere un carácter de hallazgo el relato de Alfonsina —es testimonio de una infancia letrada posible para las mujeres del pasado— pero también una defensa para la infancia negada, como labrada en filigrana en los relatos familiares, ante la adultez inmanente de mi bisabuela Elba, como de tantas mujeres privadas de infancia a lo largo de la historia.

El contrapunto parece ganar intensidad, en tanto se trata de la voz de la niña que habla de la escritora, frente a los relatos sobre una mujer que parece haber sido siempre adulta, anónima para la historia y analfabeta: un contraste que favorece el debate que cuestiona la partición de lo sensible, las relaciones entre lo que se ve y lo que decimos, entre lo que se puede hacer y lo que se hace de verdad.

Como quien sigue un largo rosario de recuerdos fundiéndose en ese murmullo susurrado, en la reiteración de las acentuaciones, en la cadencia de la pronunciación y pierde el sentido del lugar para enraizarse en el recitado, la pregunta por la estética se presenta aquí, como a la sombra de la parra. No viene sola: si bien podemos verla en esa sombra humilde, arrastra consigo grandilocuentes y pomposos debates personificados por unos pocos, como también largos años de conversaciones y escrituras acumuladas, especialmente por autores varones. Pero yo, sumida en estas deliberaciones provocadas por los destellos luminosos que, tímidos, destacan los contrastes entre las hojas, decido pensar que la estética no es más que la pregunta por aquello que conforma nuestro aparato sensible, por la masa sintiente desde la que transitamos la experiencia de vivir. Por lo que el término «estética» es aquí utilizado en su acepción más amplia, en el sentido de la *aisthesis* griega y no únicamente en el sentido de una disciplina filosófica particular.

Existen otras versiones sobre la estética de las cuales se toma distancia en este escrito, porque restringen su significado a un solo modo, o un modo prioritario; a un conjunto de reglas para comprender el mundo –y a la belleza–, que hubieran ocasionado como contrapartida, una lectura que nuevamente le otorgaría una imposibilidad a mi bisabuela. Es decir que sobre su impedimento para ir a la escuela y para aprender a leer y escribir, le negarían también la posibilidad de un lenguaje basado en escenas, imágenes y gestos: hablo de una estética personal, que los que la conocieron invocan con tanta claridad y precisión, al igual que cuando alguien recuerda el soneto de Alfonsina, Tú me quieres blanca.

Por lo que abogar por una visión ampliada de lo estético implica no restringir el universo de sentidos capaz de nutrir una experiencia de goce sobre el mundo, de esa manera ampliar el propio universo y descubrir nuevos enclaves de la belleza. Si bien su padre consideró que para mi bisabuela no era necesaria la educación, ni la escritura, y aun cuando ésta haya sido vedada en su existencia, ello no impidió que al igual que Alfonsina, construyera un propio lenguaje de gestos y afectos. Un lenguaje que se escribe en imágenes reiteradas una y otra vez, seguramente nutridas por una infancia no contada –pero sí vivida–, que se transmite entre generaciones de mujeres de la familia al que me gustaría mucho hacerle lugar en esta escritura, en un gesto que reclama “justicia histórica” y que hunde sus raíces en las relaciones

entre las prácticas estéticas y políticas y las condiciones de visibilidad –la posibilidad de poner en escena a los anónimos, a los que antes no tenían representación–.

Un ejercicio de justicia que toma impulso en otra lazada entre trayectorias vitales: recordemos el fragmento del poema que inaugura este ensayo, que pertenece al primer libro de poemas *La Inquietud del Rosal* de Alfonsina, y que fuera citado por ella en la disertación a la que referimos anteriormente.

Pudiera ser que todo lo que en verso he sentido  
 no fuera más que aquello que no pudo ser.  
 No fuera más que algo vedado y reprimido  
 de familia en familia, de mujer en mujer.

Algo sentido en verso, modalizado por un “pudiera” que no deja de invitarme a pensar en todo lo que para las mujeres tuvo carácter prohibido, como la escritura; sin embargo, algo insistente logra ser transmitido entre las mujeres de una familia, de alguna manera. Una experiencia capaz de exceder a la propia vida y nombrar, pronunciar, escribir, tallar el mundo que las sucede.

De allí, la determinación estética de hacer un lugar para su lenguaje en este ensayo, que inevitablemente me expone a enfrentar el problema de lo irrepresentable, ese límite difícilmente franqueable de la expresión. ¿Qué palabras escritas por otras mujeres como Alfonsina, pueden ayudarme a nutrir y a descubrir este lenguaje legado que siento en mi cuerpo? ¿pueden los ademanes, la mirada, el amarillo de las flores de la retama o la sonrisa ser revelados con palabras? ¿de dónde proviene esta urgencia por dotar de palabras a un lenguaje heredado?

Reconozco entonces, una necesidad imperiosa de hacer estallar la falaz oposición entre los que piensan y los se dedican al trabajo manual, entre las ideas y el hacer, esas dicotomías que, en vez de ayudar, a veces estorban cuando nos disponemos a comprender una sensibilidad, una poética. La práctica de un arte supone un río que caudaloso transita y construye su propio cauce del sentir, haciendo confluir manos y cabeza en una acción compartida, en una labor común. Pienso que allí reside la potencia y seguramente, la necesidad de apalabrar estas pulsiones del carácter, este latir que siento en el cuerpo.

Aprendí a leer las enseñanzas recibidas de las mujeres de mi familia, y por qué no, a seguir mi cauce; esto demandó un exigente entrenamiento de lectura capaz de advertir la compleja gramática que supone el sostén de lo colectivo, la precisión y medida de la palabra frente al malestar y a la necesidad de estímulo, el humor y el sarcasmo como analgésicos para el dolor, la picardía puesta en un sobrenombre como ejercicio de crítica en un mundo desigual y hostil.

Enseñanzas que reclaman un ejercicio de escritura atento a un modo de configurar el afecto y la afectación frente al otro, una escritura secreta, al mismo tiempo acogedora y plagada de hospitalidad. Pienso, ¿será posible eludir el enlace inminente que se impone entre el manejo de la intensidad de los sabores aprendidos en la cocina respecto de mi escritura? ¿qué me exigen, para la palabra, el cuidado del jardín y el gradiente de colores de los brotes logrado por Elba? ¿Qué atenciones con el lector me invita a considerar la inagotable hospitalidad de Elba?

Su figura en la punta de la escalera de su casa, en Ascochinga<sup>2</sup>, secándose las manos en el delantal con una sonrisa dispuesta a recibir, se encuentra con las palabras de Alfonsina que describe su arribo a la palabra poética recurriendo a una imagen afín. *“Desde entonces los bolsillos de mi delantal, los corpiños de mis enaguas, están llenos de papeluchos borroneados que se me van muriendo como migas de pan.”* Ese bolsillo pequeño en el que había de todo: monedas, broches, un pañuelo, lápices, algún caramelo, y también, papeles con palabras. El delantal, un enclave lírico; una prenda protectora que cubre el cuerpo, para proteger contra el desgaste y el desgarro, igualmente simboliza el trabajo y el oficio. Para Alfonsina y Elba, habla de un vínculo con las labores domésticas, y al mismo tiempo, un emblema que las provee de saberes ocultos, secretos, transmitidos de mujer en mujer ¿Qué escrituras habrán quedado vivas, atesoradas en las migas de pan guardadas en el delantal de Elba y en el de Alfonsina? Una cadena de significantes viene en mi ayuda: hospitalidad/ nutrición/ tierra/ ironía / transgresión/ cuidado/ atención/ amor.

Tal vez, lo que se mantiene a lo largo de esta escritura es una pequeña certeza hallada en un texto de Jacques Rancière, la de aceptar el hecho de que «toda situación puede hendirse en su interior y

<sup>2</sup> Pequeño poblado en las serranías de la provincia de Córdoba (Arg.)

ser reconfigurada bajo otro régimen de percepción y de significación. Volver a configurar el paisaje de lo percible y de lo pensable, es también modificar el territorio de lo posible y la distribución de las capacidades y de las incapacidades» (2008: 55) Quizás la poesía, en su carácter de lenguaje rezagado –como la “cultura popular” de las prácticas intelectuales–, puede ser un lugar donde romper las reglas, donde el decir puede asumir forma de imagen.

De allí la razón de detenernos en la infancia y la estética, pero también en el género. Volver a la infancia para Alfonsina implica el recuerdo de su primera transgresión, del robo como medio de acceso a la lectura, de sentirse en ridículo, de las risas disciplinantes. Cuando esa niña de 4 años, que ella era, se sentaba a leer en la vereda insistentemente y no podía percatarse de que el libro que tenía entre sus manos estaba al revés –un ridículo que proviene de desafiar el destino esperable–. En su relato presenta otra emoción contrapuesta, la de ser un animal bañándose en los canales de su San Juan natal, de estar sin vigilancia y sin mandatos sobre su comportamiento como mujer. También, un tiempo entre sus 8 y 10 años dedicados a la mentira y a la fabulación, que antecede a la escritura de su primer verso a los 12, y luego una pregunta: “¿Mi poesía era pues, rebeldía, desacomodo, antigua voz trabada, sed de justicia, amor del amor enamorado, o una cajita de música que llevaba en la mano, y sonaba sola, cuando quería sin clave para herirla?”

Cómo se traduce el enigma que trae consigo la poesía; es esta sed, deseo de alimentar mediante la palabra que dota de sentidos al mundo, mediante la palabra que permite descubrir algo nuevo, mágico; palabra que provoca una nostalgia de los momentos idos, pasados; también, la alegría de un plato delicioso en la mesa, la capacidad de saciar el deseo del paladar, de alimentar y nutrir.

Ambas coinciden en la acción de alimentar un espíritu hambriento de impresiones sobre el mundo, suministrar una conciencia capaz de comprender la realidad, una inteligencia que conecte con el fluido de la naturaleza que se expresa en lo humano. Criar un sentir avezado en ponerse en el lugar del otro, para construir un mundo en común más justo. Gesto que perdura, tal vez pasional y efusivo, en este texto, en la urgencia de destacar la invisibilidad de los saberes y sus formas de transmisión, frente a un avasallante avance de modelos de enseñanza o de transmisión de la cultura que, en el presente, están demasiado centrados en la pequeñez de lo individual y se vuelven

incapaces de reparar en la vasta y necesaria elaboración que demanda un mundo común.

## Referencias

Rancière, J. *Le spectateur émancipé*. Paris: La Fabrique, 2008.

Storni, A. “Entre una par de maletas a medio abrir y las manecillas del reloj”. Encuentro de Mujeres poetas, Montevideo, 1938.



*Alfonsina Storni, Fuente: Clarin.com*